

***Chiquita*, de Antonio Orlando Rodríguez:  
un hito delicioso dentro de la novelística cubana**

Chely Lima

Yo tuve el raro privilegio de ser una de las primeras personas que conoció al personaje de Espiridiona Cenda a través de la novela de Antonio Orlando Rodríguez: *Chiquita*, que acaba de ser Premio Alfaguara.

Al principio tuve que pasar por todas las ansiedades que atacan a los lectores de las novelas por entrega. Me acuerdo que atosigaba a Toni con *e-mails* escritos a las dos de la mañana: “Ya me acabé los cinco capítulos que me mandaste. Espero otros cinco para el lunes. No importa si tienes que rescribirlos; yo me los vuelvo a leer después de que los rescribas”. Luego, cuando estuvo terminada, pude releerme casi de un tirón sus más de quinientas páginas inéditas en la pantalla de la computadora. Hace unas tres semanas tuve el libro en las manos, y volví a releerlo por el aquello de que toda historia es un poco diferente vista en letras de imprenta.

A estas alturas de la vida soy un lector difícil, y tengo que reconocer que son más los libros que echo a un lado que los que pongo en la mesa de noche, pero no me costó ningún esfuerzo enfrentarme tres veces con ese mundo absorbente que va desarrollando en su novela Antonio Orlando, quien supo mezclar con un finísimo sentido de las proporciones ingredientes tan diversos como humor, misterio, política, costumbrismo, aventuras, historia, y también el drama de un ser humano que, a pesar de todos sus triunfos, no deja de chocar con la crueldad y la estupidez de sus contemporáneos. Ingredientes muy distintos depurados en el crisol de una prosa airosa y afilada, equilibrada entre la transparencia de lo mejor de la lengua castellana clásica, que te permite disfrutar de una historia sin andar tropezando con los localismos, y la gracia del habla popular cubana, con toda su fraseología picante y colorida.

El jurado que acaba de concederle el premio dijo de la novela que es “elegante y llena de vida”, con “notable gracia narrativa” y “una imaginación sin descanso”. Yo coincido punto por punto, pero trataría de decírselos a mi manera: *Chiquita* es una novela deliciosa, de las que no le dan tregua al lector, de las que te enganchan y no te sueltan. Una novela que, sin perder de vista el trasfondo dramático, está llena hasta el tope de ese sentido del humor –a veces punzante- al que nos tiene acostumbrados la literatura de Antonio Orlando.

Esta es la biografía imaginaria de un personaje real, una mujer cubana que se movió entre dos siglos: Espiridiona Cenda, nacida dentro del marco más o menos convencional de una pudiente familia matancera de finales del siglo XIX. Una mujer peculiar que logra sobreponerse a las limitaciones de su época, su medio y su tamaño, y a la que encontramos a sus veinte y tantos años cantando y bailando en los escenarios de moda de Estados Unidos y Europa. Una mujer liliputiense, además. Una mujer considerada muy bella en su época; glamurosa, inteligente,

pragmática y audaz, que fue capaz de seducir con su gracejo a celebridades, empresarios, periodistas y públicos. Y que –al decir de nuestro escritor– tuvo tantas y tan variadas historias amorosas, que a los que la leemos debería darnos grima ser tan limitados teniendo el tamaño que tenemos... La prensa sensacionalista de su época la llamó “muñeca viviente” y “el más pequeño átomo de humanidad”, pero yo no me atrevería a decir de ella que fue “una mujercita”, porque estamos hablando de una mujer de rompe y rasga, solo que fue una mujer de veintiséis pulgadas.

*Chiquita* es una novela polifónica, que se asienta en el contrapunto de las voces del viejo Cándido Olazábal –ex secretario de Chiquita–, del escritor que decide hacer pública la historia y de Chiquita misma. Son voces que se van entrelazando, mezclándose o imponiendo sus perfiles, y aún dejan lugar para otras voces menores, que cuentan, preguntan, gritan, cuchichean. Ahí nos vamos a encontrar con Rústica, esclava de nacimiento y asistente de por vida de la artista; con el misterioso y un poco siniestro Arkadi Arkadievich Dragulescu, preceptor del gran duque Alejo Romanov; con la divina Sarah Bernhardt; con Patrick Crinigan –apuesto reportero del *New York World*, que fuera amante y eterno enamorado de Chiquita. Eso, por mencionar tan solo unos pocos personajes de los que asoman o se asientan decididamente en las páginas, mientras la artista liliputiense viaja de la isla de Cuba a Estados Unidos, luego al París de la Exposición Universal de 1900 y pico, el París de Toulouse-Lautrec y las bellezas que iban a exhibir en el Bosque de Boulogne sus pieles, sus sombreros fruteados y las joyas que les obsequiaban sus amantes. Y Chiquita viaja aún a otros lugares más exóticos o menos conocidos, pero no por eso menos pintorescos.

Antonio Orlando reconstruye esos años tan variopintos y contradictorios del final de un siglo y el comienzo de otro, con una frescura y una vivacidad infinitas, y de un modo que uno no sabe muy bien dónde termina la ficción y empieza la realidad histórica, porque, como él mismo advierte en la nota final del libro, hay datos y anécdotas que de tan delirantes parecen pura fábula, pero están recogidos y documentados en libros y periódicos de la época. La edición de *Chiquita* que acaba de sacar Alfaguara está además enriquecida con fotos reales del personaje de Chiquita Cenda, recortes de la prensa y documentos donde se habló de ella.

Siendo como fue un personaje tan peculiar, es curioso que Chiquita cayera en el olvido incluso en la tierra donde nació. De no ser porque Antonio Orlando Rodríguez tuvo la suerte de toparse con alguno de sus raros rastros, el buen tino de enamorarse de la artista liliputiense, y la paciencia de reconstruir su vida y su mundo, es muy probable que esta matancera hubiera seguido perdida entre tanto nombre que se ha ido desvaneciendo dentro de nuestra cultura, en ocasiones oscurecido por la lejanía y el caos cronológico al que suele condenarnos el éxodo.

Para mí una de las mayores virtudes de esta novela de Antonio Orlando es la recreación del personaje mismo de Chiquita Cenda, y la sutileza con la que nos lleva de la mano del humor por un tema tan fuerte y dramático como es la “peculiaridad” de la artista. Hay un momento, en el principio de su historia, en que la vieja esclava que la cría le dice a la protagonista: “Además de

chiquita, es hembra. Así que en esta vida no va a tener que lidiar con una desgracia, sino con dos”. Y una de las cosas que vuelve inolvidable el libro es la forma en que Chiquita se las arregla para irse más allá de una y otra “desgracia”.

Vivimos en una época en la que –dígase lo que se diga de dientes para afuera– todavía no estamos demasiado orgullosos de nuestras peculiaridades, de lo que nos hace ejemplares únicos dentro de la especie humana. Y lo peor no es lo que la mediocridad generalizada pretende que seamos –mediocres de su misma talla–, sino esa absurda y limitadísima idea de que lo que es demasiado diferente al resto es un fenómeno. Eso, por más que los mejores entre nosotros han sido muchas veces verdaderos fenómenos, porque por poner apenas tres ejemplos –bien antiguos y casi mitológicos– nadie me va a convencer de que Lao Tsé no fue una rareza; Buda debió ser un chiflado dentro de su medio y su época, y el mismísimo Cristo acabó crucificado por sus peculiaridades...

En las escuelas nos enseñan a generalizar, dicen que para que estemos en condiciones de asimilar conceptos. Pero toda generalización es una falacia, porque cada criatura de cualquiera de los tres reinos es única e irrepetible. Hace rato que dejamos de creer en esa divisa –usada a veces para tan sucios fines– de que todos los hombres somos iguales.

En realidad todos, hombres y mujeres, solo somos iguales en el hecho de que tenemos en la misma medida el derecho a ser amados *con y por* nuestras peculiaridades. Hemos vivido –y vivimos– clasificando, con la coletilla de que si no te pareces a mí, no eres de los míos. Pienso que el nivel de evolución de una sociedad o de una comunidad cualquiera se mide sobre todo por su capacidad de tolerancia, y también por su capacidad de apreciar las bondades de la diversidad. Porque el mundo en que vivimos es el reino de la diversidad. Y ser *distinto* es lo normal. Y lo perfecto es llegar a ser tan distinto como solo uno mismo es capaz de ser. Y gracias a eso, cuando pruebas a escaparte de las reglas establecidas, descubres que todo es posible.

De esto y mucho más trata *Chiquita*, la nueva novela de Antonio Orlando Rodríguez; los invito a leerla.

Texto leído por Chely Lima durante la presentación de *Chiquita* en Miami, en abril de 2008.  
Publicado en *Baquiana*, Miami, Anuario X, 2008-2009, pp. 76-79.